

The heart speaks unto heart

La Iglesia ha establecido la fiesta de san John Henry Newman en un día de lo más memorable: el 9 de octubre. Transcurría el

año de 1845 cuando precisamente en esa fecha fue recibido en el seno de la Iglesia Católica. Visiblemente conmovido y entre lágrimas había solicitado del Beato Domingo de Barberi que escuchara su confesión general y fuera testigo de su profesión de fe. Newman se encontraba exactamente a la mitad de su peregrinación en este mundo. Su conversión no constituyó un momento aislado sino que fue el desenlace de un larguísimo camino interior y representó el inicio de un nuevo itinerario; en realidad puede decirse que toda su vida fue un proceso continuo de conversión, ya que incluso «el cristiano más perfecto no puede ser a sus propios ojos más que un principiante, un penitente pródigo que ha derrochado los dones de Dios, y que vuelve a Él para que le de otra oportunidad»¹.

Mientras permanezcamos en esta vida y no abandonemos el combate, estaremos, «siempre recomenzando»²: no existe algo así como un día en que estrenamos una

vida del todo desvinculada respecto del mundo y del egoísmo: «No se piense que existe un momento claramente marcado en la vida en que empezamos a buscar a Dios y a servirle fielmente... El Espíritu Santo se abaja a rogarnos de continuo, y lo que no consigue en un momento dado de nosotros, lo logra en otro»³. La conversión «es una

«A cuantas cosas he renunciado, cosas que yo amaba y estimaba y pudiera haber retenido, de no haber amado más la sinceridad que el nombre, y la verdad más que a queridísimos amigos»⁴

tarea que no se acaba nunca, algo inconcluso, tanto por su intrínseca imperfección como por las constantes ocasiones que surgen para realizarla. Pecamos de continuo; tenemos que renovar siempre el dolor y el propósito de obedecer, volviendo siempre a la confesión y pidiendo perdón a Dios»⁵.

La vida cristiana no consiste en una marcha triunfal, sino en un duro combate, un camino por el que tenemos que ir cargando con el peso de nosotros mismos. La vida y enseñanzas de san John Henry Newman nos muestran que la verdadera altura de nuestra vida, se mide en esa capacidad de permanecer y volver a intentarlo aun después de haber caído muchas veces: «Lo mejor que puede decirse de la raza de Adán, caída y redimida, es que reconocen su caída, se culpan de ella, e intentan recuperarse»⁶. Cada uno está llamado a aprender, a costa suya, la humildad, y hacer de la obediencia su camino cuando Dios permite que constatemos nuestra propia debilidad e imperfección: «No siempre he pensado así, nunca había rezado para que tú me guiaras. Me gustaba decidir por mí mismo... amaba los días de triunfo y, a pesar de los temores, el orgullo sedujó mi voluntad, ¡no recuerdes el pasado!» Por eso, pedía con toda la humildad: «pero ahora, ¡Guíame tú! Entre las tinieblas espesas, ¡guíame tú! No pido ver la escena distante, me basta el siguiente paso!»⁷. Podemos decir que la fidelidad a la luz amable de la conciencia fue la brújula que guío a san John Henry en ese proceso. El suyo fue un camino de gran sinceridad que implicó enormes heroismos: «Siempre tuve la honda convicción, por decirlo burdamente, de que la honestidad era la mejor táctica»⁸, pues «en este mundo no hay otra fuerza que el compromiso con la razón ni otra libertad que sentirse cautivos de la verdad»⁹.

San John Henry nos enseña que vivir es debatirse entre la fuerza del impulso y la suave atracción que ejercen la conciencia y sus nobles sugerencias: «¡Lucha, no cedas, no te canses de volver a intentar de nuevo cada vez! Con la ayuda de Dios y tu esfuerzo lograrás la victoria sobre ti mismo y sobre el mundo», «comienza por cosas pequeñas y al final, con la ayuda de la gracia, llegarás a santo. No de golpe,

¹ San John Henry Newman, *Parochial and Plain Sermons 3* (n. 318, 20-XI-1831), s. 7, p. 105.

² *Ib.*, p. 104.

³ *PPS, cit.*, p. 104.

⁴ San John Henry Newman, *Apología pro vita sua. Historia de mis ideas religiosas*, BAC, Madrid, 2011, XXXVIII.

⁵ *PPS, cit.*, pp. 104-105.

⁶ *Ib.*, p. 104.

⁷ San John Henry Newman, *Verses on Various Occasions*, p. 156-157.

⁸ *Apología, cit.* p. 91

⁹ *Perder y ganar, historia de una conversión*, Encuentro, Madrid, 2009, p. 49.

OCTUBRE 2022

sino poco a poco: mediante la humildad, la paciencia, la confianza en Dios, el recuerdo de que estamos en su presencia y el agradecimiento de sus favores»¹⁰, nos dice hoy a todos nosotros. En su caso supuso no solo muchos sacrificios, sino también una gran humildad; esa actitud que él mismo calificaba como «el arrepentimiento más noble, la conducta más decorosa», la cual supone «una rendición incondicional de sí mismo a Dios; no un regateo sobre las condiciones, no planear por sí mismo la manera de ser salvado... sino la rendición total de si mismo, sin saber que será de uno»¹¹. Las renuncias que tuvo que aceptar implicaron para él perderlo todo, más aún perderse a sí mismo: abandonar casi todo lo que le era más querido y apreciado, sus bienes y su profesión, su título académico, los vínculos familiares y a sus amigos de toda la vida. Más todavía, le imponía aceptar el que su mensaje no fuera comprendido ni por anglicanos ni por católicos, y vivir en la humildad y la oscuridad de la obediencia, con una vida llena de incomprendición, de marginación y de “fracasos” apostólicos. Por eso con justa razón el Papa san Pablo VI lo consideraba un verdadero mártir¹².

Esto último encierra para nosotros todavía otra orientación decisiva: La fidelidad a la conciencia no nos aísla ni nos encierra en nosotros mismos, conciencia no significa el dominio del capricho y de la arbitrariedad, como pretende una buena parte del pensamiento moderno. Según esta concepción por conciencia se entiende el ámbito de lo subjetivo, allí donde cada uno es el único juez y nadie puede pretender que existan criterios objetivos. Para Newman, por el contrario, la conciencia es el órgano que permite al ser humano salir del solipsismo y la autoreferencialidad. Uno se puede convertir, obedeciendo la voz de su conciencia, porque esta le conecta con las realidades objetivas en lo que se refiere a las exigencias religiosas y morales. Newman siempre supo que Cristo había fundado a la Iglesia para prestar un insustituible servicio a la conciencia, ofreciéndole esos puntos de referencia que necesita para no perderse en las arenas movedizas del capricho y la arbitrariedad. A través del estudio de los Padres de la Iglesia hizo un descubrimiento de enorme trascendencia, que le puso en el lecho de muerte de su pertenencia a la comunión anglicana¹³; gracias a ellos y totalmente en contra de lo que esperaba, tuvo que reconocer a Iglesia Católica como la verdadera Iglesia de Cristo. A esto se refería cuando decía que “los Padres [de la Iglesia] lo habían hecho católico”¹⁴. Resulta difícil describir el dolor que suponía dejar la comunidad en la que no solo había crecido y de la que tanto había recibido, sino a la que pertenecían también las personas que le eran más cercanas y amadas. Pero él no se pertenecía, había sido expropiado, comprado por la sangre de Cristo¹⁵: Dios podía hacer con Él lo que quisiera, puesto que todo lo tenía por perdida con tal de ganar a Cristo¹⁶.

A propósito comentó en un sermón de 1848: «Cuántas almas inmortales gastan su vida en nada mejor que aturdirse en este torbellino de ideas y opiniones de las cuales no puede resultar nada... Observen que el amo de la viña solo hizo una cosa. Dijo a sus criados que convocaran a los trabajadores y les dieran su jornal... No les preguntó si conocían la naturaleza del vino, para el cual habían estado trabajando, o cuántas clases de vinos hay en el mundo y en qué países se podría producir... No fueron llamados para que dieran su opinión acerca de qué suelos eran mejores para las viñas... la única pregunta fue si habían trabajado en la viña. En primer lugar, fue necesario que estuvieran en la viña; además, debían trabajar en ella. Así ocurrirá con nosotros después de la muerte. Cuando lleguemos a la presencia de Dios se nos preguntarán dos cosas: si estábamos en la Iglesia y si trabajábamos en la Iglesia.... La única pregunta será: ¿sois católicos, y buenos católicos? Si no lo hemos sido, no valdrá nada que hayamos tenido aquí tantos honores, tanto éxito, tan buen nombre. Y si lo hemos sido, no importará nada que hayamos sido despreciados, pobres, oprimidos, atribulados y abandonados. Cristo nos compensará de todo si le hemos sido fieles, y nos lo quitará todo si hemos vivido para el mundo»¹⁷.

En este día tan importante para nosotros no solo pedimos, en sintonía con los últimos Papas, que Newman sea contado entre el número de los Doctores de la Iglesia¹⁸, sino también que por su intercesión, de san José y, por supuesto, de la Bienaventurada Virgen María, nos sea concedida la gracia de una verdadera conversión, y un amor y fidelidad inquebrantables a Cristo y a su Iglesia.

¹⁰ San John Henry Newman, *Sermones católicos*, s. 4, p. 79.

¹¹ *PPS*, cit. p. 109.

¹² Cf. Guitton, J., *Diálogos con Pablo VI*, Encuentro, Madrid, 2014, p. 150-151.

¹³ *Apología*, cit., p. 120.

¹⁴ «Los Padres de la Iglesia me hicieron católico» (Carta al Dr. Pusey, p. 25; en: *La Bienaventurada Virgen María*, II, Hope press, 2022, p. 71).

¹⁵ 1 Cor 6, 20.

¹⁶ Fil 3, 8.

¹⁷ *Sermones católicos*, cit., s. 2, pp. 66 - 67.

¹⁸ Tanto Pío XII, Pablo VI y Benedicto XVI hablaron de Newman como de un “gran doctor de la Iglesia”.

